

Todos, excepto cinco, pasaron á la derecha de Porras.

Entre los cinco estaba el sargento Dominguez.

—Nosotros,—dijo,—no queremos insurreccionarnos; pero acataremos el fallo de la suerte.

—En hora buena. Vosotros subid á bordo y aguardad una señal mia. Yo entraré á ver al almirante; le hablaré y os dirigiré una pregunta en alta voz. Acudid entonces, y demostrad que estais dispuestos á obedecerme.

De acuerdo todos obedecieron las órdenes de Francisco Porras, que se habia puesto al frente de los conjurados.

El sargento y sus cinco camaradas fueron tambien á bordo, dispuestos á consentirlo todo ménos que los amotinados atentasen contra la vida de Cristóbal Colon.

Cuando todos habian ido á ocupar sus respectivos puestos, el almirante, su hermano y su hijo dormian.

Sólo Dios sabia dónde podian despertar.

Asistamos ahora á la explosion de aquel motin, tan infamemente combinado por la ingratitude y la perversidad.

Capítulo LIX.

El motin de Porras.

Colon se despertó molestando por la gota.

Empezaba á amanecer, y aunque oyó movimiento en el buque, no quiso llamar á nadie.

Su enfermedad le hacia padecer más que los contratiempos de que era víctima.

Cuando se veia bajo la influencia de los agudos dolores que experimentaba, perdía la esperanza, el desaliento se apoderaba de su corazon; volvía los ojos al pasado, no veía en el porvenir más que una muerte oscura y desastrosa, y su angustia era horrible.

En esta situacion se hallaba cuando, sin pedir vénia y bruscamente, entró en su camarote Francisco Porras.

Colon fijó en él sus ojos, y no pudo ménos de sorprenderse al ver la actitud que tenia.

Con el casco puesto, con la visera medio alzada, perfectamente armado, como si se dispusiera á entrar en combate, y sobre todo con la expresion del más descarado cinismo en el rostro, no ocultaba que iba dispuesto á faltar á los más sagrados deberes.

—¿Qué quereis?—le dijo el almirante, despues de haberse apercebido de su actitud.

—Quiero,—contestó, procurando disimular su agitación, aunque sin conseguirlo,—quiero que por última vez, y en representacion de todos los españoles que aquí estamos, oigais nuestras quejas y accedais á nuestros legítimos deseos.

—Si fueran legítimos, no os presentaríais á mí con la turbacion en el semblante.

—Mal me conoceis,—dijo Francisco Porras,—si creéis que me turbo por tan poca cosa, y en esa creencia se vé el orgullo que os domina. Pero de cualquier modo, mi deber es hablaros con franqueza. Nuestra paciencia se ha acabado: estamos detenidos en este sepulcro meses enteros, y aunque fuéramos santos el sufrimiento tiene un límite. A nuestras quejas habeis contestado despertando en nuestra alma esperanzas que no se han realizado, que no se realizarán, porque todos os quieren mal: ni en la Española ni en España hay quien sienta deseos de enviaros socorros, y nosotros sin culpa vamos á sufrir la suerte que os reservan vuestros enemigos.

Colon escuchó con estudiada calma aquel lenguaje irreverente.

Más que la indignacion, sentia en su pecho la tris-

teza, porque se convencía de que aquel hombre y sus secuaces preferian jugar un albur á aguardar las bondades de la Providencia.

—¿Y qué es lo que quereis?—le preguntó con digna y severa mansedumbre.

—No es la primera vez que os lo hemos indicado: queremos que deis las órdenes para que los calafates arreglen los buques del mejor modo posible y abandonemos la costa.

—Quereis un sueño.

—Peor es el en que vivimos, que se asemeja más á la muerte que á otra cosa.

—Mi deber es velar por vuestra vida, y si accediera á vuestros deseos, os condenaria á una muerte horrible.

La preferimos á la vida que pasamos, y os advierto que aunque empiezo por pedir, nada tendria de extraño que acabase por ejecutar; pues toda mi influencia no bastaria ya á contener á los descontentos.

Un nuevo esfuerzo costó á Colon el conservar la calma.

—Pensad lo que vais á hacer,—dijo á Francisco Porras:—tal vez avanzan á nuestro encuentro las carabelas que he pedido al gobernador de la Española; tal vez van á acabar nuestros pesares, y entonces vuestra alegría será completa, porque no llevareis en el alma el remordimiento de haber obrado mal, de haber faltado á la fé jurada, de haber abandonado vuestra bandera al verla en gran peligro.

—Es tarde ya, y no es justo que nos sacrifiquemos todos al capricho de un hombre.

—Ese hombre, á quien todos debeis ciega obediencia, no os manda, sin embargo; os pide, os ruega, más por vuestro bien que por el suyo, que esperéis algunos días más.

—Si teméis quedar solo, ¿por qué no escucháis nuestras súplicas? Y si tanto empeño teneis en que compartamos el peligro con vos, ¿por qué no os arriesgais como nosotros á romper esta dura prision, á desafiar las iras del mar, y á perecer si está de Dios que perezcamos, ó á hallar el puerto de nuestra salvacion?

—Buscar una muerte estéril no es heroísmo. En nuestras circunstancias seria hasta un crimen, porque con nosotros se perderia el glorioso descubrimiento que hemos hecho en Veragoa.

—¿Y qué importa eso?... ¿No vale más nuestra vida que todo el oro de las Indias?

—Por grandes que sean vuestros deseos de abandonar esta costa, mayores son los míos; pero mi obligación, ante Dios primero, ante los reyes despues, es atender á la seguridad personal de todos los que están á mis órdenes. La experiencia, mis conocimientos náuticos, todo me aconseja que no utilice estos buques para navegar. Aquí carecemos de lo necesario para ponerlos en disposicion de servirnos; por lo tanto, respondo á vuestros ruegos que me es de todo punto imposible atenderlos.

—¿Es esa vuestra última resolucion?—preguntó Porras al almirante con insolente arrogancia.

—Quiero mostraros,—le contestó Colon,—que no es por terquedad, por amor propio, por lo que opino de este modo. Si mis razones no os convencen, renuncio de buen grado á la autoridad que ejerzo sobre vosotros, autoridad omnimoda, y ofrezco someterme al fallo de los prácticos.

—¿Qué decís?

—Digo que podeis convocar á los marinos que viven con nosotros, y que despues de examinar el estado de los buques y la distancia que necesitamos recorrer para llegar á un puerto, resuelvan ellos en conciencia si debemos partir ó esperar á que nos socorran, enviándonos buques en estado de navegar.

—Es tarde ya para consultas: el problema tiene que resolverse inmediatamente.

Y notando por el rumor que se oía cerca del camarote del almirante que sus camaradas estaban ya dispuestos para dar el golpe proyectado, y redoblando su insolencia.

—Ha llegado el momento de resolver,—exclamó:—ó dais las órdenes para partir, ú os quedais aquí con los que no quieran seguirme. Yo, por mi parte,—añadió en alta voz,—estoy por volver á Castilla... Los que quieran pueden seguirme (*).

Esta fué la voz de alarma, la chispa que prdujo el incendio.

Instantáneamente coronaron en toda la extension del buque gritos de:

(*) Palabras textuales.

—¡Yo os sigo!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—Pronto, salgamos pronto de este sepulcro.

Los marineros y los soldados se presentaron en la puerta del camarote blandiendo sus armas, y mezclando con sus amenazas horribles imprecaciones contra el almirante.

—Tú eres nuestro jefe, Francisco; el único que reconocemos,—decían unos;—dános órdenes, dispon qué hemos de hacer, y te obedeceremos ciegamente.

—¡A Castilla! ¡A Castilla!—gritaban otros.

—Basta ya de contemplaciones.

—El que no quiera seguirnos que se quede aquí á ser pasto de los indios.

—Más que entregarlos á su furia, vale que los matemos.

—Sí, ¡mueran los cobardes!

—¡Muera el almirante!

—¡A ellos! ¡A ellos!

Y los rebeldes, arrastrados por la pasión que les dominaba, blandían las armas y pugnaban por entrar en los camarotes para asesinar á Colon, á su hijo y á su hermano.

Toda la influencia de Francisco y de Diego Porras, que no deseaban al pronto ir tan lejos, era inútil para contener aquella manada de tigres.

Colon no pudo sufrir más.

Abandonando el lecho; sin ponerse sus armas defensivas, con la espada en la diestra, quiso salir desu

camarote para amonestar por última vez á los suyos, para morir luchando, si tal era el término que la divina voluntad habia reservado á su vida.

Las fuerzas le faltaban, y apoyándose en las tablas llegó hasta la puerta, á tiempo que el sargento Dominguez y algunos otros leales impedían el paso á los rebeldes.

Viendo á su jefe en gran peligro, le cogieron en brazos y le obligaron á volver al camarote, formando despues una guardia para defenderle.

Bartolomé habia salido á luchar, y con la lanza en ristre y la rodela atacó á los malvados y defendió su persona.

Fernando, por su parte, corrió á la defensa de su padre.

Los pocos leales hicieron que el jóven y su tío quedasen al lado del almirante, y salieron á rogar á sus compañeros que partieran, puesto que nadie se oponia á su marcha, pero que respetasen la vida de Colon, porque su muerte á mano airada no hallaria nunca piedad.

Gracias á esto abandonaron los buques, dispuestos á buscar los medios de partir.